

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas

Director:

Luciano Carrouché

Administrador:

Miguel G. Di Cío

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

**Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné
Jacobó Waisman - Dívico A. A. Fürnkorn - Luis Marforio**

Año III

Noviembre de 1915

Núm. 29



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

Importancia y desarrollo de los haras argentinos

I

La importancia de esta rama de la producción ganadera de nuestro país es relativamente considerable, en atención, desde luego, a las cantidades en que se cifran anualmente su empleo interno, su exportación y los capitales que su fomento y arraigo han exigido desde la implantación de la misma industria. Su estudio es provechoso, también, por los cuantiosos y delicados intereses materiales y sociales vinculados directamente a la suerte de esta actividad técnica e industrial.

No es, sin duda, la cría de caballos de sangre y "pedigree" una exigencia vital y permanente de la economía nacional; pero ella debe figurar dignamente entre las industrias de un pueblo llegado a un elevado grado de progreso económico. El estado de cultura general a que puede lógicamente aspirar todo país nuevo y próspero, comporta el desarrollo racional de los elementos requeridos por los deportes y por las aplicaciones de la equitación militar, por ejemplo.

En tales circunstancias, puede justificarse y ser aceptada la utilidad de esta fuente de la riqueza pecuaria y no dejará, entonces, de ser previsora función de gobierno la de propender al mejoramiento y a la selección de los productos procedentes de los haras y cabañas nacionales. Así lo reconocen, por lo demás, varios proyectos y medidas oficiales de actualidad, en el sentido enunciado.

La provisión de la referida riqueza, debida al empeñoso

esfuerzo de los criadores y estancieros argentinos, ha de tener como consecuencia directa de su natural incremento, la ventaja de ir liberándonos, en un renglón no despreciable de la importación ganadera, de las imposiciones del mercado europeo afectado hoy, por otra parte, en ésta como en otras materias, por las fluctuaciones e inconvenientes extraordinarios producidos por los actuales acontecimientos.

Mas, para llegar a aquel resultado, — hacia el cual tendemos victoriosamente sin haberlo, no obstante, obtenido en absoluto — han sido menester, y se requerirán aún, grandes sacrificios pecuniarios y múltiples y constantes desvelos y preocupaciones de las personas dedicadas a esta labor; los inherentes, por lo menos, a toda industria nueva, complicada, sutil, expuesta a no pocas contingencias y a riesgos de todo orden en su iniciación y desenvolvimiento.

II

Es interesante conocer el aspecto de esta industria en el momento de su fundación para contraponerlo al que presenta en la actualidad.

A través de los últimos treinta años desde la época de los primeros ensayos y de sus incertidumbres y penurias consiguientes hasta nuestros días, puede contemplarse la marcha ascendente de esta industria rural y concretando, reduciendo el campo de observación al período comprendido entre los años 1890 y 1915, podrían evaluarse las inversiones y los rendimientos, merced a los datos precisos de la estadística especial de las ventas anuales en el país y de las adquisiciones en el extranjero. Un poderoso auxiliar de esta información numérica sería el llamado "Stud Book", organizado por el Jockey Club y en el que se consignan de modo técnico y sistemático, las declaraciones de la producción caballar fina del país.

Puede calcularse el valor actual de esta riqueza y compararlo con el que tenía en aquella época, mediante una serie de inducciones lógicas y en presencia y con el auxilio de los mencionados elementos estadísticos.

III

Sobre la situación de los haras nacionales en 1890, si hubiera informes ciertos, dados la inseguridad y lo ficticio de los

negocios de aquel tiempo, ellos resultarían susceptibles de rectificación. Los importadores eran numerosos y los gastos de compras antes de 1890 fueron muy crecidos. Habiendo mucho dinero la importación tomó vuelo y no escasearon, por otra parte, los errores y los engaños, ocasionados casi siempre por la falta de conocimientos técnicos en los adquirentes. En 1891 y 1892 la importación de animales de sangre decayó sensiblemente.

Debe apreciarse en un quince por ciento del valor actual, la riqueza representada por esta industria hace veinticinco años.

La estimación de los padrillos más famosos oscilaba alrededor de veinte mil pesos cada uno. Si se pagó más fué debido a que no se reflexionaba mayormente y después se constataba haber desembolsado sumas demasiado altas en la adquisición de sementales desprovistos de calidad y de aptitud.

El total de padrillos era de 40 ó 50, y como no se habría obtenido entonces un precio medio superior al corriente en la actualidad, siendo el número una sexta parte del de los inscritos hoy en el "Stud Book", su valor alcanzaría cuando más al 15 o|o del actual. Lo mismo para las yeguas, desde que sólo había 500 declaradas; es decir, también una sexta parte de lo que el país posee hoy. Los productores pueden, igualmente, ser considerados en un 15 o|o según el mismo criterio y de acuerdo con la cantidad de nacimientos de aquel año.

En cuanto al campo ocupado por los once establecimientos de primera fila y por los seis o siete siguientes, dedicados en 1890 a la crianza de animales de carrera sería, más o menos, una décima parte del poseído con igual destino por los doscientos criadores existentes este año. Para apreciar la relatividad del valor de aquella tierra, basta tener en cuenta la valorización progresiva operada en la propiedad rural: en 1890 no representaba, con relación al monto actual, sino un porcentaje pequeñísimo.

Las instalaciones eran insignificantes y adecuadas a la industria y a la producción incipientes de la época.

IV

Es difícil establecer la situación y el valor positivo de la riqueza que representa, en la República Argentina, la industria de la cría de caballos de sangre. Para acercarse a la

verdad puede, no obstante, seguirse un plan racional que conduzca a una apreciación aproximada. Consideremos, por ejemplo, la situación en 1912 desde cuyo año hasta la fecha no ha sufrido alternativas de significación.

Teníamos entonces, oficialmente, 176 criadores inscriptos. De ellos, sólo unos cuarenta merecen ser considerados como propietarios de haras de importancia.

Los padrillos declarados por los mismos, en servicio en las cabañas de todo el país, eran 293. Para fijarles un valor debe clasificárseles en diferentes categorías, y el criterio seguido para esta calificación, tiene presentes el resultado y la utilidad de cada servicio y el éxito de los productos que han originado, sin olvidar los sacrificios que significó la adquisición de no pocos de los sementales importados.

Así, se desprende de una prolija valuación individual que su total se acerca a unos tres millones de pesos. Una media docena de ejemplares de primer orden vale aproximadamente un millón doscientos mil pesos. Varios de segunda categoría pueden ser estimados en cincuenta mil pesos cada uno. No pueden reputarse exageradas aquellas cifras desde que algunos de ellos fueron comprados en el extranjero a precios muy altos y desde que por productos de esta especie nacidos en el país se han ofrecido ya sumas muy respetables.

Las yeguas inscriptas en 1912 eran 3.250 y puede dárseles un valor medio de tres mil pesos; es decir, en conjunto 9.750.000 pesos. De estas yeguas un 90 o/o son puras y el resto mestizas.

Los productos de dos años listos para la venta que se realiza anualmente, alcanzan a un valor total de unos tres millones de pesos y a esta producción, que va a agregarse inmediatamente a las diferentes caballerizas de carreras, hay que añadir la de un año que necesita aun otro de cuidados y de gastos en las respectivas cabañas, razón por la cual, a pesar de calcularse igual su número, es equitativo estimarla en dos millones. Por consideraciones análogas, los potrillos y potrancas a nacer y naciendo este año, representan la mitad de este valor.

El renglón de animales en "training", constituido por unos 2.000 ejemplares cuyo precio medio oscila alrededor de 3.000 pesos, da un total de seis millones de pesos. Estos caballos, aunque se hallan en las pistas y separados de los haras, han de ingresar en buena parte a los mismos; sobre

todo, las yeguas y los productos que se hayan destacado por su calidad. En fin, los productos que quedan en los haras o en las regiones vecinas y no son traídos a remate por presentar defectos o por otros motivos, tienen un valor aproximado de un millón de pesos y los padrillos que efectúan servicios en las estancias para criar caballos finos, pero que no actúan en el "turf", de otro millón. Recopilando, tenemos:

293 padrillos valuados en	3.000.000	\$ m/n.
3.250 yeguas valuadas en.....	9.750.000	„
Productos de dos años, listos para la venta....	3.000.000	”
Productos de un año	2.000.000	”
Productos a nacer	1.000.000	”
2.000 animales en "training"	6.000.000	”
Productos que no vienen a la venta.....	1.000.000	„
Padrillos que efectúan otros servicios.....	1.000.000	„
	26.750.000	\$ m/n.

El campo y las instalaciones en que se desenvuelve esta industria, para ser censados de una manera precisa, requerirían una investigación detenida en todo el país. Este examen puede suplirse fundándose en que corresponde una hectárea de buen campo para la crianza o la manutención de cada animal fino. El campo es especial, con potreros sembrados de diversas y ricas clases de pastos y su situación, en muchos casos, cercana a la capital. ¿Estas consideraciones permiten establecer un "precio medio"? ¿No sería razonable fijar el de 300 pesos por cada hectárea de terreno?

Ahora bien, ¿qué extensión ocupan los haras y los establecimientos que poseen padrillos de carrera? Si existen 3.250 yeguas y otros tantos productos de uno y dos años, se les destinan alrededor de 7.000 hectáreas que, al precio calculado, importarían aproximadamente 2.000.000 pesos.

Las instalaciones, según las apreciaciones más fundadas, a pesar de la variabilidad de su costo y del lujo con que han sido construídas, pueden ser estimadas en no menos de 600 pesos por yegua, tomando como unidad de valor el precio de un "box", incluídos en debida proporción los accesorios, comodidades y dependencias adyacentes.

V

Tal es el cuadro general de esta industria nacional y de las perspectivas que ofrece para el porvenir.

El interés económico de los haras radica, en parte, en las aplicaciones de la producción a la importación hacia los mercados vecinos cuya inferioridad en este artículo es notoria, no sólo a causa de sus menos favorables condiciones naturales y procedimientos técnicos, sino en razón también de sus menores esfuerzos en la creación y desarrollo de esta riqueza. Son, en consecuencia, esos países limítrofes nuestros obligados y más seguros compradores y conviene, por tanto, no descuidar el lugar que en la especialidad ocupamos en sus importaciones.

La importancia trascendental de la producción equina selecta reside en nuestro país, donde abunda la base de innumerables manadas criollas de diferentes tipos regionales, en la finalidad perseguida de mestizar sus productos dándoles mayor valor con la contribución de nuevas corrientes de sangre fina.

La mestización, pues, es la aplicación esencial, el mejoramiento en grande escala, de nuestro amplio "stock" yeguarizo y desvirtúa por sí sola, todas las críticas que pudieran formularse a los procedimientos y prácticas del "turf", con que se estimula la regeneración de la raza equina nacional.

Otra de las utilizaciones más prácticas de la cría caballar calificada, es la de la remonta del ejército, en cuyo ramo hay mucho aun que hacer en la República Argentina a fin de orientar al criador hacia la uniformidad y selección del tipo de tiro y de silla del caballo de guerra. A tal propósito se dirige, en estos momentos, la acción oficial empeñada en estudiar el problema así planteado en sus complejas y vastas proyecciones.

EMILIO PELLET (HIJO).